



Julio II. Una nueva Roma, que el pontificado quería hacer mas hermosa que la Roma pagana, principiaba á salir de la tierra. La iglesia de San Pedro, nunca bastante ponderada, debia oscurecer con su sin igual magnificencia á todas las demas obras arquitectónicas que nos ha legado la antigüedad. Pero se necesitaba que la piedad de los fieles contribuyese á levantar aquella atrevida y gigantesca cúpula, que se pierde en el cielo, llenando de asombro á los ojos que la contemplan.

Juan-Angel Arcibold, dean de Arcisate, y despues Arzobispo de Milan, recibió el encargo de ser el apologista predicador en Alemania de las indulgencias. Era este un eclesiástico de muy buenas costumbres, de fe viva y de corazon ardiente, pero á quien era fácil engañar con falsas apariencias. La cancillería de Roma acostumbraba á enajenar en cada uno de los Estados católicos el derecho de publicar y distribuir las indulgencias. Alberto compró este derecho, y lo volvió á vender á Tuggen de Augsburgo, uno de esos ricos banqueros de la edad media, que comerciaba con todo, y cuya venalidad avara ha reprobado Lutero en sus *Tisch-Reden*. Desempeñaba entonces Alberto el cargo de comisario general de Roma en todos los dominios de Alemania. Arcibold adquirió la Dinamarca y la Suecia, donde recogió en pocos años abundantes limosnas, que ingresaron en el tesoro pontificio. Desgraciadamente, la infidelidad de algunos administradores dió lugar á que se desfalcasen parte de aquellos productos; pero la reputacion de Arcibold ha quedado ilesa.

Alberto eligió á Tezel para predicar, el cual gozaba de una justa reputacion como orador, y ya se habia conquistado tambien la confianza de Arcibold. Si ha de creerse á los historiadores protestantes, estaba dotado de imaginacion exaltada, por las lecturas ascéticas, pero sin verdadera ciencia, y lleno de fatuidad. Hijo de un artífice plateero de Leipzig, entró en la órden de los dominicos en el año

de 1487, y habia predicado con éxito en Zwickau. Tezel alcanzó el título de Inquisidor de la Fe y Nuncio del Papa. Antes de dar principio á la obra hizo que se imprimiera en Mayenza una *Instruccion sobre los deberes de los predicadores de indulgencias*. Escogió la ciudad de Leipzig para hacer su primer ensayo; pero los principes sajones se negaron á recibirle, por haber sido visitada ya aquella ciudad por otros misioneros. Tezel se encaminó entonces al electorado de Mayenza, y recorrió sucesivamente á Halberstadt, Anhalt y Brandeburgo, acompañado de otro fraile dominico, llamado Bartolomé, y de dos escribientes.

En los últimos meses de 1517 el dominico fue á Juterbock, ciudad subalterna del principado de Magdemburgo, situada á ocho millas de Wittemberg, la que se conmovió tan vivamente, que muy en breve la dejaron sus habitantes casi desierta: tanto era el afán que tenian por eseuchar al predicador. Lutero procuraba inútilmente impedir que sus penitentes comprasen las Bulas de perdón. En uno de esos momentos de arrebató, nuestro monge escribió al Obispo de Misnia una carta, en la que le suplicaba pusiese término al escándalo que Tezel promovia en Alemania, y que tanto affigia á las almas religiosas. El Obispo no contestaba, y en la cabeza de Lutero crecia la agitacion. Veíase desierto el confesonario de los padres agustinos, y la muchedumbre iba á Tezel, y volvia de Juterbock alegre, sin señal alguna que revelase disgusto, y mas bien como si viniera de la taberna: Lutero no pudo ya reprimirse por mas tiempo.

Habia anunciado que predicaria sobre las indulgencias, y durante algunos dias estuvo encerrado en su celda trabajando el sermón.

La iglesia estaba llena, y sus amigos habian tomado sitio cerca del altar para alentarle y sostenerle con sus miradas, porque ya sabian que Lutero iba á desempeñar una mision delicada. Casi todos pertenecian á la escuela de

Erasmus, y en la mesa y en los discursos, y hasta en los libros, no se servían mas que de la mofa para atacar á Roma, á quien no conocían, llegando á poner de moda la risa y á introducirla en todas partes. Deseaban con ansia y con estremada curiosidad ver cómo la palabra del monje, de ordinario tan circumspecta y grave, se las avenía con las indulgencias, y si para hacer justicia á Tezel tendría que inspirarse en las epístolas de los varones oscuros ó en San Agustín.

Toda la simbólica de Lutero descansa en esa instrucción religiosa que se espresa en párrafos cortados, que forman otras tantas sentencias ó proposiciones.

El pensamiento del fraile sajón no es de los que se pierden en las tinieblas, de rodeos ampulosos é ininteligibles. Conceptuoso y lógico por naturaleza, se presenta á las inteligencias del mismo modo que ha sido concebido, siempre novador y hostil á las doctrinas recibidas hasta el día, insolente para la tradicion, y desdeñoso y altanero, tal como se dejará ver mas adelante. Lutero se complace recreándose en su obra, y ya no propone á su adversario un combate académico, sino un duelo en campo cerrado. Si solo hubiese pretendido una controversia escolástica, ¿por qué se acoge á la inmensa publicidad de la cátedra evangélica?

Un monje, que por sí mismo se ha tomado el cuidado de decirnos que no sabe á punto fijo lo que se llama *indulgencia*, las ataca como si hubiera estado siempre estudiando la cuestion. No es solo el abuso lo que censura, en cuyo caso la Iglesia entera se hallaria de su parte, sino que combate el principio de que la indulgencia sea un remedio espiritual. El porvenir de Lutero se refleja perfectamente en este sermón, donde se le vuelve á encontrar, con su fe imprudente, su *yo* esclusivo, que pretende apoyar en las palabras de la Biblia, su desden hacia la tradicion, su insolencia hacia la escuela, y aquella risa sarcástica que no

deja de usar con todos sus enemigos, ora se llamen scotistas ó aristotélicos.

Este sermón, pues, no fue un discurso, sino una obra revolucionaria: el convento de los agustinos estaba poco acostumbrado á oír una palabra tan altanera, y por eso esperimentó los efectos del asombro.

Si Staupitz hubiera estado á su lado cuando subió al púlpito, quizás las palabras de Lutero se hubiesen acomodado mas al espíritu de los religiosos, los cuales nada querían tanto como vivir en paz con Roma. Cuando menos, es muy probable que el discurso no se habria impreso en la forma que se habia predicado. Así que lo concluyó, uno de los padres se acercó al predicador, y bajando la cabeza, y tirándole del hábito: «¿Sabeis, doctor, le dijo, que habeis estado muy atrevido? Cuidado no vayais á traernos algun mal: los dominicos se sonrien ya, y nuestra orden pudiera tal vez tener que sufrir.—Querido padre, replicó Lutero: si mis principios no proceden de Dios, ellos caerán por su propio peso; pero si, como lo creo, proceden de su Santo Nombre, dejadlo estar, que ello marchará.» Hé aquí la doctrina de Juan Huss y de Wiclef; los hechos sancionando el derecho; la glorificacion del Korán.

El sermón de Lutero no podia ser como un mero entretenimiento de escuela. Tezel lo tomó por lo serio, subió al púlpito, examinó una por una todas las proposiciones, y demostró que ofendian á las doctrinas admitidas. Melanchthon dice que el dominico hizo encender una hoguera en medio de la plaza de Juterbock, y que mandó despues quemar el sermón de Lutero, y Hutten no dejó tampoco de burlarse del católico, ridiculizándole con este pasaje de Tácito: «¿Como si el fuego pudiera sofocar la voz del género humano!» Debemos manifestar que hemos buscado inútilmente el origen del cual tomara Melanchthon el relato de este hecho, sobre el que Lutero no ha escrito ni una sola palabra. Y de ahí nuestra sospecha, muy fundada,

de que fuese objeto de calumnia el buen celo del dominico.

Solo empleó una noche Tezel para refutar á su adversario. Imitando á aquel en su estilo, dividió su trabajo en veinte párrafos ó proposiciones. La polémica tezeliana no tiene nada de picante, y despues de leida no se comprende por qué causó tanto efecto en el púlpito el Inquisidor, pues no se encuentran esas imágenes de mal gusto, esas comparaciones desvergonzadas, y ese lujo de figuras insolentes con que se decia manchaba sus discursos. Es un profesor de teología, que discute sin injuriar: ¡tan seguro considera el triunfo!! Lutero rehuye la controversia, porque aspira á llevarla á Wittemberg, y responde en estos términos á Tezel: «Yo me burlo de tus gritos como de los rebuznos de un asno: en lugar del agua, te aconsejo que uses del jugo de la parra, y en lugar del fuego, puedes muy bien sorberte el olor de un ganso asado. En Wittemberg estoy, y yo, Martín Lutero, doctor, hago saber á todo Inquisidor de la Fe, que como tal se traga el hierro hecho ascua, y hien-de de solo un tajo una montaña, que aquí se encuentra muy buena hospitalidad, puerta franca al que llegue, mesa á pedir de boca, y tratamiento exquisito, merced á la hidalguía y generosidad de nuestro duque y príncipe el elector de Sajonia.»

Tezel no concurrió á la cita, en lo que anduvo acertado, porque la partida no era igual. El dominico no se habria servido en la discusion ni del jugo de la parra ni del humillo del ganso asado.

De semejantes figuras solo habia un monge en el mundo que pudiera servirse de ellas para discutir, y este era Martín Lutero.

CAPITULO V.

LAS TESIS.—1517.

Necesidad de una reforma, proclamada por el pontificado.—Carta de Lutero al Arzobispo de Mayenza sobre el sermón contra las indulgencias.—Scultet, Obispo de Brandeburgo, envia el abad de Lenin á ver á Lutero, y este promete retirar las tesis.—Pocos dias despues las hace fijar en las paredes de la colegiata de Wittemberg.—Efecto que producen en Alemania.—Las aprueba Erasmo.—Hutten hace imprimir la carta del filosofo, pero desfigurándola.—Es elogiado por Lutero.—Retrato de Prierias.—Opinion de Erasmo sobre el escrito de Prierias.—Lutero traduce sus tesis al aleman.—Su carta á Scultet, á quien pretende engañar.—Scultet.

No fueron solamente Hutten, Eobames, Hesus y las cartas de Alemania quienes aplaudieron el reto hecho por Lutero á la autoridad y á su representante Tezel, sino el pueblo, que se apasiona siempre por una palabra vigorosa; los estudiantes, que se juzgaban libres del yugo de Aristóteles; los agustinos, por sus celos contra la cogulla de los dominicos, y algunas personas que vivian en la expectativa de un nuevo Mesías anunciado por Clemangis; y el cual debia reformar, no ya la fe católica, inalterable por su esencia, sino los abusos «con que la Iglesia misma habia llegado á contemporizar.» Erasmo ha hecho una pintura del estado en que se hallaban los espiritus á la aparición de Lutero.

007170